LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORN.

I.

Despues de un consejo celebrado en Bruselas el dia 9 de Setiembre de 1567, en uno de los salones del palacio de Culembourg, que el famoso duque de Alba habia elegido para su residencia, despidió éste á todos los que habian asistido á aquella sesion, y detuvo al conde de Egmont, hablándole de ciudadelas, de fortificaciones, etc., cosas de gran interes entre dos personas dedicadas al ejercicio de la guerra.

Durante este diálogo, el duque condujo á Egmont, de salon en salon, hasta un sitio en que habia muchos oficiales españoles. Allí se detuvo y fijando sus ojos en el conde:

—En nombre del rey, le dijo de repente, entregadme vuestra espada.

Egmont miró al duque con estupor; pero como éste insistiese en su demanda, el conde se repuso y sacando su espada la arrojó al suelo con altivez diciendo:

—Nunca la he desenvainado sino en servicio de S. M.

En aquel momento se apoderaron de él algunos capitanes españoles y le encerraron en una habitacion, poniendo en ella una guardia numerosa

Mientras esto sucedia, D. Fernando de Toledo se apoderaba de la persona del conde de Horn, haciéndole encerrar en un aposento separado.

Pocas horas despues, corria de boca en boca la noticia de esta doble prision, noticia que produjo al pronto un mudo dolor, que estalló despues en denuestos contra los españoles, y sobre todo, contra S. M. Felipe II. Los habitantes de Bruselas, mucho menos apacibles en aquel tiempo que en el actual, deploraban la fatal ceguedad de ambos condes, y pedian á gritos que fuesen vengados por el príncipe de Orange.

Verdaderamente, el duque de Alba se condujo en aquella ocasion de una manera brusca, porque ni aun habia prevenido de este acto á Margarita, duquesa de Parma y regente entonces de los Países-Bajos,

Margarita tenia en sus venas la sangre de Cárlos V (1): su natural orgullo se despertó, y conociendo que el poder se escapaba de sus manos, solicitó su llamamiento con energía. Sin embargo,

(1) Era hija natural de Cárlos V y de Margarita Van-Gees, pupila del conde de Hoosgtraeten.

no pudo salir de los Países-Bajos, sino mas de tres meses despues de la ocurrencia que hemos referido, esto es, á fines del mes de Diciembre.

Hácese indispensable, para que pueda el lector apreciar los hechos precedentes, que recorra con nosotros los sucesos que precedieron á la llegada del duque de Alba á los Países-Bajos, sucesos que darán á conocer al mismo tiempo á los condes de Egmont y de Horn.

II.

Lamoral, conde de Egmont, príncipe de Gavre, baron de Fiennes y de Gaesbeek, nació en el año 1522 en el castillo de La Hamaida, en Hainaut, antigua Castellanía de Ath. Era hijo de Juan de Egmont, compañero inseparable de Cárlos V y de Francisca de Luxemburgo, hermana y heredera de Jacobo, primer conde de Gavre. Contaba entre sus primos al famoso Buren, cuyo fin fué tan imponente como caballeresco. De este modo, tanto por parte de padre como de madre descendia de casas que habian reinado en una parte de los Países-Bajos, y cuando nació, Cárlos de Egmont continuaba aun defendiendo encarnizadamente sus derechos, como duque de Gueldre, y muchos descendientes de Lamoral tomaron despues de él este título como un recuerdo.

Hay una cosa digna de notarse, y es que los dos personajes que hicieron el papel mas importante en las revueltas de Bélgica, en el siglo XVI, descendian de una raza que habia reinado en Gueldre. El príncipe de Orange podia decir efectivamente que sus antepasados habian poseido este estado en una época remota, y tal vez el deseo de reanimar este noble recuerdo, contribuyó á su enlace con la hija del conde de Becreu.

El momento en que estos dos hombres aparecian en escena es el de la gran desavenencia de Cárlos V y de Francisco I: al mismo tiempo esta era la época de los progresos de Lutero. La guerra se hacia erudita y la política abarcaba un horizonte inmenso.

Egmont parecia nacido mas bien para la guerra que para la política. Su alma era grande y altiva. Halagábale el peligro de los combates; pero lejos del campo de batalla no tenia un golpe de vista tan seguro. La confianza, la vaguedad de sus ideas, tal vez un poco de debilidad, le hacian poco á propósito para esas vastas combinaciones que se maduran en el silencio, y cuyo objeto se persigue á través del descontento y de los descalabros. Caminaba siempre derecho, con la cabeza erguida y con el corazon tranquilo. Su natural alegría, sus buenas maneras, su bondad, su generosidad, le hacian el ídolo del pueblo. Por otra parte era muy agraciado; y la multitud, que tiene algo de mujer, es siempre del partido de la hermosura. El rey del *papagayo* era, por decirlo así, el rey del pueblo. Sin embargo, en su primera juventud pareció *de mal gusto* á las damas de la corte de Francia, á quienes Brantóme prodiga los epítetos de prudentes y virtuosas. Con todo, despues de haber sido por algun tiempo el blanco de sus maliciosas invectivas, supo conquistarse sus elogios por su galantería y su valor. Estas virtuosas damas le habian aguerrido y preparado á triunfos mas difíciles.

La educacion de Egmont fué la de todos los jóvenes nobles de su época; aprendió el flamenco, el frances y el español, tomó nociones del latin, del blason y de historia, y se dedicó con especialidad á los ejercicios corporales; manejar una espada, arte en el cual sobresalian los italianos entonces, romper una lanza, sujetar un fogoso caballo; he aquí lo que constituia el estudio predilecto de un noble. Leyó tambien algunos de esos libros de la caballería que enseñaban á adorar á Dios y á las hermosas, á dar tremendas cuchilladas, á vencer gigantes, y fué educado en la fé mas reverente, así como con un respeto sin límites á la autoridad paterna. A los veintiun años de su edad fué cuando llevó á cabo su primer hecho de armas.

En esta época, una postrer inspiracion del genio de las cruzadas, el deseo de eclipsar á un rival esclarecido, y mas probablemente el designio mas sano de limpiar el Mediterráneo de los piratas que le infestaban, estableciendo puntos militares y comerciales en la costa septentrional de Africa, indujeron á Cárlos V á intentar una segunda espedicion en este país, que devoró casi toda la Europa. Egmont le siguió como voluntario, con la flor de la nobleza belga-italiana y española. Esta primera espedicion, seguida de tan terribles reveses, no le hacia esperar seguramente los laureles que recogió mas tarde.

Tres años despues era comandante en el sitio de Saint-Dizier, ciudad de Champagne, mandado por el emperador en persona, y de que se hizo dueño por una astucia de Granvelle. Despues Renato de Nazau, príncipe de Orange, gefe de las tropas imperiales, habiendo muerto á consecuencia de las heridas recibidas durante el sitio, fué reemplazado por Egmont en su empleo de capitan general de lanceros, lo cual prueba que se habia hecho distinguir y que tenian confianza en su capacidad.

En 1546, corrió al socorro de Cárlos V contra los príncipes protestantes de Alemania. Llevó consigo doscientos cincuenta hombres, una de las cinco divisiones de ordenanza, de las que dos estaban destinadas á la guardia del emperador. Los otros coroneles de estas divisiones eran su pariente Maximiliano de Buren, el señor de Brederode, Juan de Lira y el famoso Martin Van Rossem, poco antes temible adversario del poder austriaco.

En el mes de Octubre de este mismo año se celebró en Utrechi el capítulo veintiuno del toison de oro. Egmont recibió en él el collar juntamente con Maximiliano de Austria, que fué despues emperador; lo recibieron tambien Alberto, duque de Baviera, Cosme de Médicis, Manuel Fhiliberto de Saboya, César Farnesio, duque de Parma, Felipe de Saunay y el duque de Alba que debia ser despues su verdugo.

En los dos años siguientes figuró en la dieta de Augsburgo, en que Cárlos V se presentó como ven-

cedor, y en que se redactó el acta célebre conocida con el nombre de Interim. Egmont fué nombrado entre los chambelanes al lado del duque de Alba y de otros grandes señores.

Los principios de conciliacion y de tolerancia que fueron consagrados en esta asamblea, hicieron tal vez en su espíritu una impresion que influyó sobre su conducta ulterior.

A principio del año 1554 fué enviado de embajador á Lóndres para arreglar el casamiento del archiduque Felipe con la reina María, cuyo carácter inflecsible, tenia mucha analogía con el de este príncipe. De vuelta á España despues de haber salido bien con su mision acompañó al rey nominal de Inglaterra, en las orillas del Támesis, donde se hizo admirar por su magnificencia y por su buena persona. Los cortesanos pálidos y medrosos de María Tudor, amenazados constantemente por el verdugo, interpolados de sombríos y sanguinarios intrigantes, se asombraron de la gracia espansiva y de la alegre libertad del noble flamenco. El conde de Horn y el marques de Berg que participaron de la suerte de Egmont, formaban tambien parte del acompañamiento. El duque de Alba estaba allí como un ángel malo.

EL CONDE DE EGMONT.

Felipe, conde de Horn, pertenecia á la ilustre casa de Montmorenci. El condado de Horn le venia del segundo marido de Ana de Egmont su madre, hija del conde de Buren. Por la misma causa poseia el franco señorío de Wiert, donde hizo acuñar moneda de oro y de plata, poco despues de la muerte de su suegro. En su juventud entró en la corte de Cárlos V con el empleo de gentil-hombre de boca. Valiente hasta la temeridad, sirvió con ventajas al emperador en sus guerras. Nombrado capitan de los arqueros de la guardia del infante Felipe, le acompañó á Alemania, á Italia, á España y á Inglaterra. A su vuelta le fué concedido el gobierno de Gueldre y el condado de Zutphen; despues cuando Felipe llegó á ser rey, le hizo al mismo tiempo que á su hijo caballero del Toison de oro, en el capítulo celebrado en 1555 en Amberes. Poco despues fué nombrado almirante del mar de los Países-Bajos, chambelan, y gefe de una de las divisiones de ordenanza.

Los dos condes, pero sobre todo el de Egmont, se distinguieron en la batalla de San Quintin.

Manuel Filiberto, duque de Saboya, que habia reemplazado á la reina de Hungría en el gobierno de estas provincias, mandaba allí el ejército de Felipe II, y ganó en el mes de Agosto de 1557 la batalla de San Quintin contra los franceses. Egmont que se hallaba á las órdenes del príncipe, tuvo una gran parte en la gloria de esta jornada, cuyo resultado hizo decisivo á la cabeza de aquella valiente caballería de los Países-Bajos, conocida con el nombre de gendarmes ó de divisiones de ordenanza, que tanto habia contribuido á las victorias de Cárlos V.

No habia pasado aun un año cuando una victoria no menos brillante elevó á las nubes la gloria de Egmont. Derrotó al mariscal de Termes, cerca de Gravelines, haciéndole prisionero, como tambien á muchas personas de importancia. Toda la artillería cayó en poder de los españoles y de los walones, porque los alemanes habian permanecido de reserva, y un botin considerable fué la presa de los soldados.

III.

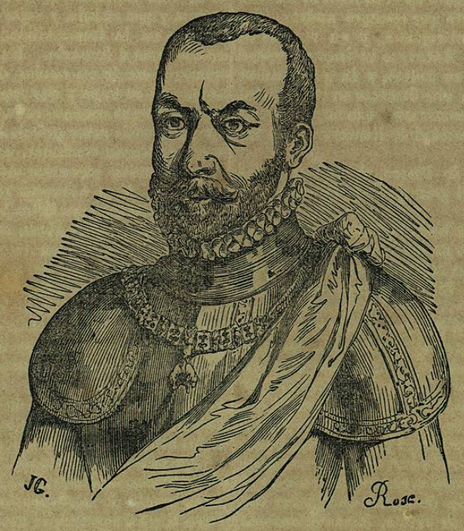
Luego que concluyó la guerra estranjera, las guerras particulares y de religion ocuparon á Egmont y á los países-Bajos.

El duque de Saboya habia dejado el gobierno general de los Países-Bajos. El conde de Egmont fué uno de los aspirantes á aquel honorífico cargo. Confiaba para obtenerlo en su nacimiento y en sus servicios. Pero Felipe habia hecho ya su eleccion y designó para él á Margarita su hermana natural, y duquesa de Parma. La suave mano de una mujer parecia propia para apaciguar los espíritus rebeldes; ante una mujer, hija de un emperador, todos los orgullos podian doblegarse sin humillacion. Sin embargo, no se dejaron seducir por aquella añagaza, porque bien pronto se conoció que la autoridad verdadera, los secretos de estado residian en Granvelle, y que el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn, aunque miembros del consejo, no serian consultados mas que por

mera fórmula, y sobre asuntos sin interes ya decididos.

A Egmont se le dejó en su gobierno de Flandes y de Artois, que fué uno de los en que las doctrinas de Lutero se manifestaron con mas entusiasmo y atrevimiento. La continuacion de un cargo que le correspondia bajo todos conceptos, y que era una justicia mas bien que un favor, no podia hacerle olvidar los que le habian sido negados.

El pueblo á quien disgustaba la reserva y el frio carácter del rey Felipe II le miró partir con cólera, y la nobleza alimentaba un descontento no menor; unos se indignaban de estar siempre vigilados y de su ninguna influencia; los otros articulaban amenazas por la violacion de sus derechos; contaban con amigos y con aliados entre los protestantes de Alemania y los hugonotes de Francia; participaban de sus ideas y de sus esperanzas, y agobiados por escesivos gastos, especularon sobre una revolucion cualquiera, para restablecer sus fortunas ó sus créditos; una gran parte deseaba el hundimiento de un edificio que sepultaria entre sus ruinas á aquellos de quienes pretendian tener derecho de quejarse, y la mayor parte aspiraba á un cambio por el único placer de variar.



EL CONDE DE HORN.

Así es que la marcha de Felipe fué saludada mas bien con maldiciones que con sentimiento.

Fiel al rey, y católico en el fondo de su corazon, Egmont no podia tolerar que Granvelle, un sacerdote, un hombre de ayer, se le antepusiera á él, de ilustre nacimiento y hombre de armas que habia salvado en dos ocasiones la monarquía; y el príncipe de Orange alimentaba con astucia sus resentimientos para servirse de ellos en caso de necesidad. Repugnaba ademas al descendiente de los duques de Gueldre el mezclarse en cuestiones teológicas, y poner en ejecucion medidas crueles para dispersar á los predicadores, apoderándose de los sectarios y entregándolos al tormento y á las llamas.

Pero Egmont no desmentia su carácter ni aun en su cólera, y en su mismo disgusto habia algo de caballeresca jovialidad. Vengábase con sarcasmos, sobre todo, de sobre-mesa. Uno de los asíduos convidados de Egmont era Simon Renard, hechura de Granvelle y que habia llegado á ser su implacable adversario; era ademas hombre de talento y de una malignidad incisiva, pasando por el autor de la mayor parte de los libelos, sátiras y pasquines que circulaban entonces.

Cierto dia en que daba una comida el señor de Grobbendonck, de la familia de Schets, de la que descienden los duques de Ursel, recayó la conversacion sobre el lujo de las libreas que arruinaba á la nobleza, y sobre el fausto escandaloso de la de Granvelle. Propúsose para remediar el mal, adoptar una nueva moda que se distinguiese por su sencillez, y rogaron al conde de Egmont que se encargase del asunto. Al siguiente dia vistió á sus lacayos con casacas de un paño basto de color grís muy oscuro, con capuchones encarnados y con cetros con cascabeles bordados en los costados.

Esto era un epigrama contra Granvelle. La invencion fué tenida por escelente, adoptándose en general; y la gobernadora á quien no disgustaba que su tutor sufriese un poco, se rió de ella con todo el mundo. Pero en Madrid se tomó esta burla por lo sério. Entonces Egmont sustituyó á los capuchones y á los cetros, haces de flechas, símbolo de la aversion casi unánime de la nobleza contra Granvelle. Este emblema pareció en España mucho mas culpable que el otro, y se pretendió ver en él la señal de una conjuracion contra el Estado.

El conde de Horn habia vuelto á España. Durante su ausencia habíase dispuesto de su gobierno de Gueldre, y este proceder no era el mas á proposito para unirle á la causa real. Gefe de la hacienda, y miembro mas bien nominal que efectivo del consejo de estado, se pronunció á su vez contra el cardenal, que únicamente podia contar con el duque de Aerschot, con el conde de Aremberg y el de Berlaimont.

El conde de Egmont, el príncipe de Orange y el conde de Horn formaron una especie de triunvirato que se oponia á todos los designios del ministro. Granvelle conocia perfectamente á sus enemigos, pero hacia entre ellos distinciones esenciales. A

quien mas temia era á Guillermo de Nassau, á causa de su ingenio, de su astucia y de su oculta ambicion. Egmont se hallaba únicamente arrastrado por su amigo y era muy fácil contenerle, pagándole esactamente sus pensiones, manifestándole alguna deferencia, ascendiendo á sus recomendados, y dándole á conocer que se le preferia al príncipe.

Pero Felipe con sus eternas dilaciones y su obstinada indecision, no tomaba resolucion ninguna.

El triunvirato habia enviado directamente una memoria al rey contra el cardenal. La respuesta equívoca y dilatoria se hizo esperar quince meses.

Egmont, Guillermo y Horn, declararon que no volverian á tomar asiento en el consejo de Estado, al lado de un estranjero que siempre andaba buscando motivos para ultrajarlos, y en el cual su presencia era inútil. Entonces la impopularidad de Granvelle llegó á su colmo, y la gobernadora misma, que soportaba con disgusto su yugo, envió á España uno de sus secretarios que logró convencer á Felipe de la necesidad de llamar á aquel ministro.

Finalmente, el 10 de Marzo, el cardenal salió para Besanzon, bajo el peso de la indignacion pública.

Egmont, el conde de Horn y el príncipe de Orange, volvieron á ocupar su puesto en el consejo de Estado, mostrando una asiduidad mayor que la de costumbre. El pueblo dió muestras de la mas viva alegría.

Pero esta alegría fué de corta duracion. A pesar de la ausencia de Granvelle, subsistian los mismos motivos de descontento, y la indignacion ganaba cada dia mas terreno en los espíritus. El rey habia enviado á Egmont á Madrid. Parecia que este viaje debia conciliarlo todo. El conde fué recibido muy bien: Felipe disipó por un momento las nubes que oscurecian su frente: tomó un aire tranquilo, cariñoso, y se abrió camino fácilmente en el alma franca y confiada de aquel embajador tan poco diplomático. A su vuelta, Egmont conoció que le habian alucinado con halagüeñas palabras, y se quejó ágriamente de haber sido engañado.

Felipe difirió el arreglo definitivo de los negocios hasta la época de su viaje á los Países-Bajos. Entre tanto, estalló el descontento, y la autoridad real sufrió un rudo ataque. Felipe de Marnix, señor de Saint-Aldegonde y afecto al príncipe de Orange, concibió el proyecto de una confederacion de la nobleza, cuya acta, que tan famosa se hizo bajo el nombre de *Compromiso*, se vió muy pronto llena de firmas.

En este documento se decia que los estranjeros, para satisfacer su ambicion y su insaciable avaricia, habian sorprendido la religion del rey, y le habian inducido no solo á negarse á modificar los edictos demasiado severos, sino á que mostrara deseos, faltando á sus juramentos, de introducir la inquisicion que habia de perder al país inundándole de sangre, y que produciria la opresion y la esclavitud de los pueblos; que ofendida por estos atropellos la nobleza, á quien le está encomendada la defensa de la nacion y el socorro de los oprimidos, se habia unido y confederado para oponerse á estos atentados; que se habia comprometido por medio de un juramento á no tolerar jamas la inquisicion en los Países-Bajos, bajo cualquier nombre que fuese; y que protestaba y tomaba á Dios por testigo de que esta empresa no tenia otra tendencia que su gloria, el servicio del príncipe y el bien de la patria.

Débese notar, que desconociendo la autoridad real, los confederados hacian protestas de su respeto hácia el rey y de la adhesion á su persona. Así es como empiezan todos los revolucionarios.

En pocos dias recorrió este documento todo el país: una infinidad de nobles, arruinados por la guerra y por el lujo, y vejados por la corte que se hallaba en la imposibilidad de remunerarlos, se apresuraron á firmarlo. Enrique de Brederodes, descendiente de los condes de Holanda, muy infatuado con su cuna y que esperaba volver á hacerse dueño de su condado en la confragracion general, fué reconocido como gefe de los confederados. Para inspirar mayor confianza, se hizo circular la voz de que muchos monarcas estranjeros protegian esta liga que llegó á hacerse temible.

No se ven en estas listas los nombres de los condes de Egmont y de Horn, pues el dia en que los confederados recibieron la respuesta de la gobernadora, se les vió en el palacio de Culembourg, donde el partido tomó el nombre de *mendigos*, que el conde de Berlaimont le habia dado como una injuria. Egmont, el conde de Horn y el príncipe de Orange, habian comido aquel dia en casa del conde de Mansfeld. No habiendo ido á la del conde de Palland hasta muy tarde, fueron recibidos allí con las aclamaciones de *¡Vivan los mendigos!* y adoptaron lo mismo que los demas, el emblema de las manos juntas y la alforja.

Una peticion presentada por cuatrocientos nobles, era una cosa inaudita. La gobernadora se resintió mucho de esta manifestacion amenazadora, y aun llegó á suprimir el sueldo á tres personas de su servidumbre que la habian firmado. Sin embargo, resaltaba su resentimiento, y sin autoridad suficiente para tomar una determinacion, respondió á los confederados de una manera ambigua, prometiendo escribir á Madrid. Pero todos sabian la tendencia de estos despachos multiplicados, y acusaban de artificiosa á la gobernadora, que careciendo de poder, se veia obligada á ganar tiempo, y que en su calidad de mujer, preferia los medios sugeridos por la astucia á los que presta la fuerza.

En tanto que en Alemania el emperador Maximiliano II seguia con calor el proyecto que su padre habia formado de volver á los protestantes á la Iglesia católica por el camino de la conciliacion, la Francia era un caos; el príncipe de Condé y Coligny por un lado, la corte y los Guisas por otro, se disputaban el reino. Los calvinistas, dueños de un gran número de plazas en el país, tenian numerosos emisarios en Bélgica y formaban en la frontera un cuerpo de aventureros y de vagabundos de todas clases, prontos á pasarla á la primera ocasion.

Multiplicáronse los predicadores de las nuevas doctrinas; muchos de ellos eran frailes y sacerdotes católicos que habian arrojado los hábitos y la estola: clamaban con energía contra las riquezas y los vicios del clero, enunciaban una moral mas pura, un culto mas severo, volvian en favor de su causa los odios del pueblo, y mezclando lo verdadero con lo falso, hallaban simpatía por la vehemente censura de algunos abusos ciertos, que eran conocidos de todos. Para oirlos, se reunian en los campos, en los bosques; el pueblo les servia de muralla contra los satélites del gobierno; y aquellos á quienes no podia salvar eran tenidos por mártires.

Entre tanto, los nobles que dirigian á los confederados, los convocaron en Saint-Trond. En el mes de Julio se reunieron allí cerca de dos mil hombres armados, unos solos, otros con sus gentes. Fueron hasta allí á caballo, y la mayor parte en bandadas; unos ocuparon los cortijos y caseríos de los alrededores; los demas acamparon bajo tiendas de campaña.

Esta asamblea, mucho mas numerosa que las anteriores, que las sobrepujó tambien por su desenfreno, engrosaba todos los dias con estranjeros, con sectarios y refugiados que iban allí á buscar un asilo seguro. Un autor la ha comparado con razon, á una antigua Dieta de Polonia, á la que asistian siempre mas diputados de los que eran menester, y en la cual las decisiones se tomaban á sablazos.

La gobernadora, alarmada, envió al príncipe de Orange y al conde de Egmont para que impidiesen todo desórden, y para que procurasen disipar el tumulto. Sea que no pudiesen ó que no quisiesen, ello es que no consiguieron nada.

Con el objeto de llamar la atencion á otro punto, la gobernadora promovió nuevas conferencias en Duffel y en Liea. Pero á pesar de todo, no levantaban el campo los de Saint-Trond, sino que insistian en sus sediciosas reclamaciones: y como no obtuviesen resultado alguno, el conde Luis de Nassau y los demas confederados que habian quedado en Bruselas, fijaron un plazo para esperar una determinacion categórica del rey, declarando que pasado éste no respondian de nada.

La gobernadora, á pesar de la oposicion que encontró para ello, habia enviado á España al marqués de Berg y al señor de Montigny: escribia cartas sobre cartas, y pintaba con los mas vivos colores la deplorable situacion del país. Pero nada bastaba; Felipe no salia de su calma imperturbable; contestando que ya veria, que ya lo ecsaminaria, y que tomaria una pronta determinacion.

Esta política torpe, estas increibles dilaciones, hicieron pensar que la gobernadora habia recibido poderes para terminar la diferencia, pero que deseaba llegar á su objeto por medio de la doblez.

El príncipe de Orange no creia lo mismo, diciendo que el rey, resuelto á engañar á todos, habia empezado por engañar á su hermana. Estas dilaciones, segun su opinion, ocultaban el designio de dar su gran golpe y de anonadar á sus enemigos cogiéndolos desapercibidos.

Entonces fué cuando estalló el furor iconoclasta.

Y en tanto que la asamblea de Saint-Trond se hallaba aun reunida, se supo que una bandada de furiosos incitada por las predicaciones calvinistas, recorria las ciudades y los campos cometiendo los escesos mas horribles. Los mendigos, los bandidos, las mujeres, los niños, invadieron los monasterios y las iglesias. Los monumentos del culto y de las artes, objetos de un precio inestimable, fueron destruidos y saqueados. Unas cuantas personas de valor, hubieran podido fácilmente acabar con aquel puñado de miserables; pero los ciudadanos y los magistrados, estupefactos, les dejaron hacer y se contentaron con lamentarse. Este horroroso incendio se comunicó á todo el país, y se cuenta que mas de cuatrocientas iglesias y conventos fueron destruidos en el corto espacio de siete á ocho dias.

¡Qué escenas tan horribles y repugnantes! Unos cuántos séres débiles y envilecidos, animados de una ciega rabia, escitados por sus propias violencias y por la impunidad, destruyen á pedradas y golpes la obra y el orgullo de los siglos. Profánanse los altares, el robo se une al sacrilegio; los vasos de oro y de plata, las custodias adornadas de piedras preciosas, las vestiduras magníficas, son robadas en medio del dia; estátuas de gran mérito derribadas de sus pedestales, sacadas de sus nichos y hechas astillas: obras maestras de pintura, manuscritos preciosos desgarrados ó arrojados al fuego. Los cristales de las vidrieras, resplandecientes con maravillosas imágenes, sirven de blanco á la bárbara destreza de los insolentes bandidos; atropellase el sagrado de las sepulturas y los silenciosos claustros. Las fastuosas catedrales no presentan mas que ruinas.

IV.

Habia empezado aquel cataclismo en Flandes y en el Artois. En el primer momento, la duquesa se quejó altamente al conde de Egmont, gobernador de estas provincias. Estos desórdenes le indignaban y le causaban sumo dolor, aunque realmente habia hecho muy poco por precaverlos. Confiado en su influencia personal dejaba á veces al pueblo desbordarse para intimidar al gobierno, y le halagaba el contenerle cuando le parecia conveniente. Pero se equivocó en su cálculo. Es fácil el sublevar el espíritu público pero es muy difícil apaciguarlo.

La duquesa asustada reunió á sus consejeros. Egmont, el conde de Horn, el príncipe de Orange dijeron por la centésima vez que seria peligroso acudir á las armas, y que para concluir con la sedicion seria menester sacrificar mas de doscientos mil hombres, no habiendo sino un solo medio de restablecer la paz; convocar cuanto antes los Estados generales, hacer cesar enteramente las persecuciones de los inquisidores, suspender la ejecucion de los edictos, y permitir la predicacion en los puntos en que se hacia entonces.

La duquesa, despues de haberse resistido por mucho tiempo y querido refugiarse en Mons, au-